

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscripción Mensual: ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPÁNICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

Exterior:
EL SEMESTRE: \$ 3.00
EL AÑO: \$ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

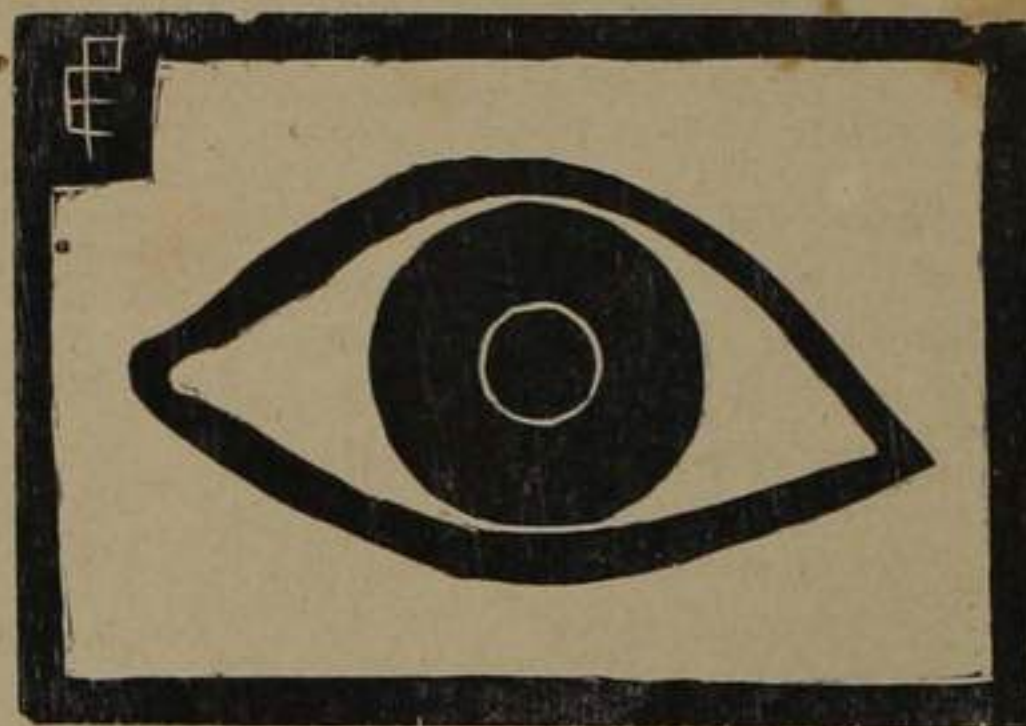
Breve apunte sobre una de las grandes lecciones de la Revolución Española

Por *DIÓGENES DE LA ROSA*

— De España Leal. Panamá, R. de P., Setiembre 1.º de 1937 —

La guerra internacional que ensangrienta a España viene a recordar muchas cosas que la historia había enseñado ya, pero que parecían olvidadas. Sea cual fuere el desenlace inmediato de la contienda—y nosotros, a pesar de todos los reveses, guardamos intacta nuestra esperanza en el triunfo de las masas populares—sólo la actualización de esas enseñanzas hará que no sean perdidos los tremendos sacrificios que le ha exigido al pueblo español por la casta militar fascistizada.

A una sola de esas lecciones vamos a referirnos someramente, que todas juntas dan tema para dilatadas consideraciones. Acabamos de aprender nuevamente que en las actuales condiciones del mundo la llamada libertad de prensa no es sino la careta fraudulenta que oculta la tiranía de los poderes económicos vigentes sobre el espíritu, la mente, la conciencia de centenares de millones de hombres. Ya la guerra mundial de 1914-18 nos había presentado esta lección en términos inequívocos. El predominio de las armas aliadas sobre la coalición de los imperios centrales no fue única y exclusivamente la victoria de una mayor potencialidad económica y militar. Fue también, y en grado sumo, la conquista de la simpatía, de las ilusiones, de las esperanzas de las maltratadas multitudes del mundo por la propaganda redentorista de los aliados, por el mesianismo democrático de Wilson. Francia e Inglaterra, primero, los Estados Unidos, después, lograron promover y organizar en todo el mundo una «movilización de los espíritus» que les ayudó a ganar la guerra en la retaguardia. El enorme y minucioso aparato de propaganda montado por los aliados y movido a fuerza de toneladas de oro pudo sustraer a la mirada de los pueblos los fines miserablemente comerciales de la guerra, los intereses rapaces que movían a uno y otro bando, y presentar la posición de los aliados como una defensa de la «democracia» mun-



Mirando cainitas

[Madera de Emilia Prieto]

dial contra el kaiserismo teutón, como la respuesta de la «civilización occidental» a la «Kultur» tudesca. Y ese engaño fue, sin duda, uno de los factores de su triunfo. De una victoria que si, como lo confiesa uno de sus fautores, Georges Clemenceau, tuvo «grandezas y miserias», éstas sobrepasaron a aquéllas de modo tan absoluto que el mundo no ha conseguido liberarse aún de los sufrimientos infinitos con que lo aprisionaron.

Pero la humanidad parecía dispuesta a olvidar lección tan grandiosa. Y la contienda en España ha venido a reafirmarla con caracteres trágicos e igneos. Desde el primer instante del alzamiento militar fascista los pequeños círculos poseedores de la «gran prensa» industrial, de los bancos, de las industrias, de los instrumentos de comunicación material y mental se mancomunaron para cubrir con los falsos arreboles de una múltiple mentira la cárdena y macabra verdad de los intereses y motivos reales que engendraron el pronunciamiento. Todos los imperialismos del mundo, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el yanqui, el nipón, se dieron cita sin faltar ninguno y lanzaron íntegros los recursos de una poderosísima propaganda a la conquista de la credulidad, la inconsciencia y, también, los prejuicios y las ilusiones de las masas oprimidas de la tierra. To-

do lo han falseado, deformado, adulterado. Nada ha surgido ileso de sus artes de mixtificación. Las grandes palabras embriagadoras han sido inyectadas a las masas y no «pacíficas» y «democráticamente» —en dosis brutales como antídoto de una supuesta intoxicación mortal. La «civilización blanca» contra la «barbarie roja». El «orden occidental» contra el «caos asiático». La «sociedad» contra las «fuerzas disolventes». Y para los pueblos de Hispanoamérica las grandes palabras varían un poco. Es la «nación española», el «idioma español», las «glorias españolas» contra el «internacionalismo bolchevique», el «alfabeto eslavo» y la «ignominia esteparia». Pero no son sólo grandes palabras engañosas. Son falsificaciones tras las cuales se encubren los sórdidos intereses, los torpes desmanes, el horrendo salvajismo de la rebelión fascista. No están, no pueden andar la civilización, la cultura, los valores ideales que la humanidad ha ido convirtiendo en normas de convivencia, haciendo de metas realidades a costa de cruentos dolores, nada de eso hay junto a la casta militar española, tradicional e irremediabilmente inculta, junto a los que destruyen deliberada y matemáticamente grandes realizaciones del arte español, edificios, monumentos, bibliotecas y gritan muera la inteligencia y fusilan poetas

y sabios que si delito alguno perpetraron fue sólo el muy explicable de haberse circuncrito casi demasiado a su emoción y su ciencia. No traen el orden, el verdadero orden que nace de la justicia en la igualdad, los que durante siglos sucesivos mantuvieron a España prisionera dentro de una jerarquía donde los grandes ociosos consumían la riqueza que producían las multitudes laboriosas eternamente hambrientas. No representan ni el conjunto ni la vitalidad social los que estando secularmente adheridos a la sociedad española como una costra muerta impidiendo la renovación y reviviscencia del tejido social. No son guardianes y guiones de la «nación española», del «idioma español», de las «glorias españolas», los descendientes y continuadores de una monarquía que comenzó enterrando y cegando las fuentes populares donde se alimentaron siempre las «nacionalidades ibéricas», las lenguas de España, y la castellana con ellas, las glorias españolas que fueron forjadas en todo el mundo por los humildes campesinos y los modestos burgueses ahogados y aplastados bajo la pesadumbre de la autocracia feudal. Jamás se degradó tanto la palabra imponderable, cuya dignidad eleva Thomas Mann casi hasta la deificación; nunca se descastó y envileció tanto la palabra como en boca de estos facciosos y pregoneros que sólo la usan para esconder los intereses siniestros y moribundos de los cuales son instrumento insensato. Sólo mediante tal bastardía podía proseguir y lograr ciertos resultados la propaganda con que los imperialismos intentan perturbar y confundir la consciencia de las masas y evitar que se alcen unánimes contra la invasión fascista en España y contra sus adheridos y defensores en tierras de América.

He allí una de las múltiples lecciones que hoy escribe la Historia en España. En las condiciones vigentes en el

(Concluye en la página anterior)